

Aciago fulgor

Martínez Garcilazo, Roberto

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/557>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

ACIAGO FULGOR*

Roberto Martínez Garcilazo

...a Ti que no pisaste la tierra en que naciste
Ana Ajmátova

Cuando era otro hombre,
del que ahora soy...
Petrarca

(I)
No soy yo,
es otro el que escribe,
es otro el que respira,
es otro el que en este momento habla,
el que recuerda la luz de sus días de gloria
en los que desnudo cabalgaba por los cielos.
Es otro el que mira impávido en el espejo

* Este poema forma parte del libro *TEMPLO*, hasta hoy inédito, que fue escrito durante el ejercicio de la beca 2002 para creadores con trayectoria, otorgada al autor por el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes.

como envejece y sus ojos se apagan de tristeza.
Yo no soy este hombre
para el que *la destrucción fue su Beatriz*;
este hombre
que es agua derramada;
este, cuyo corazón de cera se derrite
y se diluye en sus entrañas;
este, que lleva en los zapatos el polvo de la muerte;
este, que cortado por la espada de la luna
se dirige a los que duermen bajo tierra.
Este, que no soy, es un cuerpo exasperado por la ausencia
que pregunta cuál será su fin y número de días;
este hombre arrojado al escarnio del olvido
es sólo un ciego transeúnte de las calles
que habitó el amor en otro tiempo.
Este hombre es el ciervo que ansía la corriente de las aguas vivas;
este pobre
—cuyo pan de cada día es el agrio dolor del duelo—
recuerda y la memoria lo escinde,
este hombre es un abismo que llama al Abismo.
Un cobarde dispuesto a devolver lo que ha robado,
que busca desprenderse del cilicio.
Quebrantado por la desgracia,
de pie en medio del Desierto,
para su sed Alguien le ha dado a beber vinagre.
Este hombre es una llaga incandescente,
hedionda, infecta, irremediable.
Un cautivo de sí mismo
que agoniza en el cieno de la celda
de su propia memoria minuciosa;
que extiende las manos hacia el cielo
mientras lo ahogan olas de tinieblas.
Hombre vivo en la cruz.
Hombre que vuelve con nada de la nada
y escribe con ceniza
palabras invadidas por la náusea.

El poema es el enemigo formidable:
el vencedor terrible de la vida.

(II)

Detener el curso de los astros.

Escuchar batir las alas del Ángel de la Muerte.

Mancillar la azul bóveda del mundo.

¿Contra quién?

¿a quién arrojo, en este irrepetible instante áureo,
este mojón de blasfemia?

Pusilánime es la *Diosa* ante la Muerte,

¿Qué significa *Ad Magiore Gloriam Deo*

si estoy postrado en medio del vacío?

¿Si la fuente del agua milagrosa

nunca existió, a quién debo maldecir,

en esta aciaga era de desdicha?

Estéril parloteo de la Poesía,

puta fraudulenta, que no es nada ante la muerte.

Por los siglos de los siglos;

las ánimas benditas del Purgatorio,

la carne de los amantes

que ávidas lenguas penitenciarias hieren.

El cuerpo que fue oro puro del deseo y del vuelo.

La invisible mano de Dios me ha tocado

y ha hecho de mi jardín, Carmelo.

Fui el Bienaventurado,

fui el océano de dicha.

Hoy soy el ladrido estridente de los perros.

Estalla interminable la pena y transfigura todo:

pan, batalla, cardo, corona, leopardo, cruz y cama,

agua, turbia sangre derramada el día del nacimiento,

tibia ceniza, polvo de la muerte.

Estalla interminablemente la pena.

La palabra es una espada que penetra,

una espada que corta la carne y las coyunturas,

que rompe los huesos la palabra es una espada

que separa para siempre los cuerpos de los que se aman.

(III)

La memoria es bahía.
Las olas se echan sobre la arena
y dulcemente resbalan de regreso al Abismo.
Deshabitado y perfecto arde el horizonte.
De santa lentitud amar es rito.
La memoria es bahía de luminosas sombras.

(IV)

alma en otra parte
ánfora sin vino
barro sin fuego
tierra sin relámpago
baldío
despierto y salgo a la calle
miro al cielo
de lo imposible busco signos
nada surca el cielo vacío
devorado seré por las ávidas fauces del futuro
este día sólo es una frágil burbuja de luz que estalla

(V)

En el evangelio de san Mateo
los ángeles visitan a los hombres cuando sueñan y los consuelan.
Pedro Medina sueña
que posee a un Ángel que es una mujer alada de altas zapatillas:
La pone contra la pared,
levanta su túnica y la penetra lentamente.

(VI)

Soy mi Desierto y mi Profeta,
mi Tentador y Mesías.
Soy el agua que se transforma en vino.
El pez que se multiplica,
el pan supersubstancial.
Yo soy la Bienaventuranza y la Condena.
El círculo del castigo y el triángulo incandescente:
Minotauro, Teseo y el Laberinto.
Soy yo mismo y los muertos que me habitan.

El hilo de Ariadna es la memoria.
Schopenhauer escribe que un loco
es el hombre que ha perdido la memoria,
el hombre que no sabe regresar,
el que mezcla en la misma copa,
en cáliz de beatifica ponzoña,
la memoria y el sueño y bebe.

(VII)

Pedro Medina dijo:

*Toma la pistola y dispárame aquí,
en la cabeza, no quiero que me martirices,
no quiero otra inútil agonía, dispárame en la cabeza,
quiebra mi pensamiento y libérame de Ella, ahora.*

Y se hizo.

Pero no murió como deseaba.

Agonizó durante tres horas,
a oscuras luchó con Alguien, Pedro Medina,
entre los trebejos de la bodega,
donde el torpe homicida confinó al herido
que alaridando y chorreando de la bella cabeza
caminaba ciego, tropezaba y
dibujaba ángeles de sangre en las paredes,
Pedro Medina se desmayó en un charco de sí mismo,
agobiado por la más infame y oscura de las muertes.
La sangre cuajada de Pedro Medina
fue recogida del suelo con cuchara,
una olla de barro se llenó con ella,
una olla que fue colocada en la caja de pino
en la que metieron el cuerpo lavado de Pedro Medina,
el hombre asesinado en una lejana noche
que no acaba de extinguirse,
san Cristóbal, dame tu mano,
no permitas que se detenga mi corazón,
que en medio de las frías aguas del río estoy.
Yo soy *el ultimado*, yo soy *el efímero nacido*.
san Cristóbal, siempre gigante y fuerte,

toma mi mano, sácame del curso de las aguas,
toma esta pistola y dispara aquí,
quiebra mi pensamiento, san Cristóbal Poderoso,
soy el mismo que aterrado por tu magnífico silencio
te contemplaba hace 36 años en el mediodía del templo.
Soy el que trata de salir del hondo barranco.
san Cristóbal Silencioso Omnipotente, libértame,
hazme regresar, inmaculado san Cristóbal,
arranca de mi corazón este sello ardiente de la muerte.

(VIII)

El viento mece las hojas de los árboles de Betania.
El viento sopla y el barro se anima.
El viento sopla y las aguas del mar se abren.
Los frágiles geranios tienden sus ramas al sol
y su dulce savia crepita amorosa.
Rezan los geranios
mientras pasa san Cristóbal Poderoso,
con un niño al hombro y cruza el río...

(IX)

Soy yo y el efímero nacido;
Soy el ultimado, alfa y omega,
el Cáliz,
la Lanza y el Vinagre,
los peces que giran,
los hombres que te aman.
Soy Yo mismo y Otro,
soy los que el mismo día y
en el mismo lecho penetramos tu cuerpo.
Soy la parvada de urracas
que brincan sobre la ardiente lujuria del prado.

(X)

Inmortal
crucificado en la memoria
miro
como el aciago fulgor de la desdicha ilumina el mundo.